

MI SEGUNDA

PIEL

Premio Nacional de Cultura. Estímulos 2013

Alejandro Villanueva
David Quitián



UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
NACIONAL

Educadora de educadores

VICERRECTORÍA ADMINISTRATIVA Y FINANCIERA
SUBDIRECCIÓN DE BIENESTAR UNIVERSITARIO



EL SABOR DEL FÚTBOL
COLOMBIANO



ESTÁ
COMPROBADO.
VOLVIÓ
LA EMOCIÓN



LOCAL VISITANTE
00 00
HORA
6 06
CRONO
00:00



SuperCable Llama ya 578 28 08 SuperCable Llama ya 578 28 08 SuperCable Llama ya 578 28 08 Su





(...) La boleta, la camiseta, la gorra, las banderas, las pancartas, los himnos, las porristas, el papel picado, las bengalas, los tambores, la corneta, la pasión, el gol, el grito, el éxtasis, el abrazo, la tradición, la historia... la memoria...

El güaro, la bufanda, las vallas, la pañoleta, el bombo, los rollos de papel, los extintores, la pintura para la cara, el amuleto, el confeti, las bombas, la alegría, la sorpresa, el gol, la ira, la ilusión, el dolor, el llanto, el honor... la esperanza...

iiiLa barra hermano, la barra!!!

... El aguante...

Stevens Ruiz
Lic. Cultura Física y Deporte. U. Kiev.
Hincha Millonarios, Bogotá.

MI SEGUNDA PIEL

Premio Nacional de Cultura. Estímulos 2013

Universidad Pedagógica Nacional

ISBN: 978-958-8650-87-6 (impreso)
ISBN: 978-958-8650-88-3 (digital)

Primera edición 2014

Autores:

Alejandro Villanueva Bustos
David Leonardo Quitián Roldán

Fotografías:

Alejandro Villanueva Bustos

Hecho el depósito legal según que ordena la Ley 44 de 1993 y el decreto reglamentario 460 de 1995.

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra sin permiso escrito.

Universidad Pedagógica Nacional
Colombia

Juan Carlos Orozco Cruz
Rector

Edgar Alberto Mendoza Parada
Vicerrector Académico

Víctor Manuel Rodríguez
Vicerrector de Gestión Universitaria

Guillermo Antonio Tamayo
Vicerrector Administrativo

Edwin Gonzalo Vargas Castro
Subdirector de Bienestar Universitario

Preparación Editorial

Universidad Pedagógica Nacional
Calle 72 N° 11 - 86
Tel: 594 1894 Ext: 190,362
editorial.pedagogica.edu.co
Bogotá D.C., Colombia.

Víctor Eligio Espinosa Galán
Coordinador Fondo Editorial

Alba Lucia Bernal Cerquera
Editora

John Machado
Corrección de estilo

Johny Adrián Díaz Espitia
Jhon Jairo Gaitán Moreno
Diseño y diagramación

Narrativas e Imagen Institucional DBU

Impreso y hecho en Colombia
Javegraf

Bogotá, Colombia, 2014

MI SEGUNDA PIEL

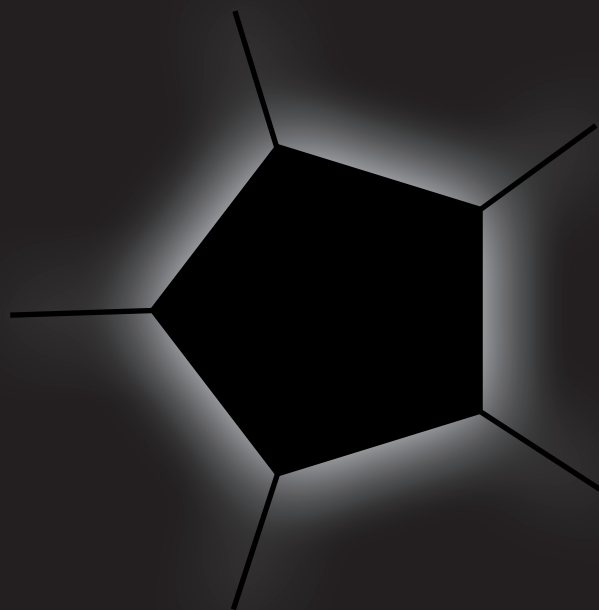
Alejandro Villanueva Bustos
David Leonardo Quitián Roldán



**UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
NACIONAL**

Educadora de educadores
VICERRECTORÍA ADMINISTRATIVA Y FINANCIERA
SUBDIRECCIÓN DE BIENESTAR UNIVERSITARIO





A la memoria de Felipe y Javier Panqueba



AGRADECIMIENTOS

Agradecimientos del primer tiempo

Para el que nunca desistió, pese a lo fuerte que venía la mano; para aquel que siempre llegó a la cita, extendió la bandera, templó el trapo y ensayó la melodía. Para el que resistió el gol del rival y el golpe de la injusticia. Para el que reivindica la vida teniéndolo todo en contra. Para el estoico que sonríe ante una nueva adversidad; para el valiente que se burla de la derrota cantándole a la muerte... para el hincha.

También tenemos que decir gracias a los y las 70 cómplices de esta locura de narrar no solamente a esos locos de remate que son los barristas de fútbol, sino a nosotros mismos porque, amén de ser una población específica, vulnerable y estigmatizada, alentar a un equipo es una condición casi universal, lo que significa que estudiar las barras es también escrutarnos hacia adentro.

Por lo que respetar su singularidad es honrar el pacto social que dice –en la Constitución– que somos una nación pluralista y multicultural.

Finalmente, gracias para el inglés, azteca o italiano que inventó el fútbol sin saber que tal creación sería como una supernova que no se cansa de producir sorpresas tan inolvidables como la de asistir por primera vez al estadio de la mano de papá. O la magia del gol del título. A quien quiera que haya sido, nuestra eterna gratitud.

Agradecimientos del segundo tiempo

A la Universidad Pedagógica Nacional - UPN. Al Rector Juan Carlos Orozco Cruz quién sin ser de la tribu de fútbol decidió creer de manera decidida en este proyecto, al programa de Maestría en Educación, especialmente a los profesores Jorge Jairo Posada y Mercedes González Lanza que tuvieron la valentía académica de aceptar que el estudio del fenómeno de las barras de fútbol es una arena privilegiada para leer la educación de nuestros jóvenes. Ecos de esa complicidad provista de creatividad y disciplina es el diplomado Internacional “Barras futboleras como escenario de Paz” que



organiza la Subdirección de Bienestar Universitario de la UPN en cabeza del subdirector Edwin Gonzalo Vargas y con el respaldo decidido de todo un equipo de trabajo de Bienestar Universitario (DBU) desde una perspectiva académica e investigativa la cual es pionera en Colombia.

Ese coraje académico tiene su mejor expresión en la figura del sociólogo Gabriel Restrepo, “el anciano de la tribu”, que alentó a un grupo de jóvenes investigadores, entre los que se encuentran los dos autores de esta obra, a fundar ASCIENDE (Asociación Colombiana de Investigación y Estudios Sociales del Deporte); entidad que ya ha organizado varios eventos nacionales e internacionales, en los que el estudio de la violencia asociada al fútbol, ha sido protagonista.

El maestro Gabriel nos honra con el prólogo de este libro y con su amistad de siempre. También le damos las gracias a la Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades de la Universidad Nacional Abierta y a Distancia – UNAD; especialmente a dos académicos: la decana Sandra Milena Morales Mantilla y el coordinador de sociología Ricardo Jiménez que apoyaron en los momentos más aciagos, los devaneos y las contramarchas que este proyecto enfrentó en su concepción y desarrollo.

Un abrazo especial para Alirio Amaya, Nelson Rodríguez, Omar Rivera, Alonso Ojeda, José Miguel Sánchez, Germán Gómez, Víctor Andrade de Melo, Álvaro do Cabo, Germán Eslava, Guillermo Montoya y un beso de gratitud para Yuddy García, Olga Lucía Urrea y Lunita Quitián que sostuvieron el barco incólume en las dos tempestades que surcaron el proyecto.

Los llevamos a todos en la buena. Sin excepción, a los colegas que investigan este y otros temas asociados; a nuestros compañeros de universidad y de asociación. A nuestros maestros y a nuestros estudiantes. A los que les gusta el fútbol y a los que lo aborrecen. A los argentinos, brasileiros y chilenos que aportaron desde la cercanía de la distancia. A los colombianos siempre presentes.

Esperamos no olvidar a nadie. Y si así fuere, que el dios del fútbol los recompense con una de esas victorias insospechadas y por eso mismo, tan celebradas.

Nos despedimos de esta obra con un abrazo de gol.



LOS AUTORES

Alejandro Villanueva Bustos

El que renunciara a muchas tardes de domingo y muchas noches de miércoles para colgarse su cámara al cuello, es razón suficiente para llamarlo obstinado. Esa es la característica de su personalidad: la vehemencia, el no dar “un balón por perdido” y por eso se empeñó en darle vida pública a su baúl fotográfico atiborrado de pedazos de historia del Campín y sus inquilinos: los hinchas, que se salvarán del olvido por causa de la inmortalidad de ese artilugio, no el de la máquina, sino de Alejo mismo quien se resiste a la indolencia y a la fatalidad del tiempo: por eso quiso estudiar la sociedad cursando licenciatura en Ciencias Sociales en la Pedagógica y en ese aprendizaje vital descubrió que la clave era la educación y no solo hizo la maestría en ese campo, sino que dedicó su vida a la docencia en la que se desempeña desde hace casi 10 años en colegios como el Hebreo (donde actualmente es coordinador de convivencia) y universidades de Bogotá como la Universidad Pedagógica Nacional, la Gran Colombia, la Antonio Nariño y la UNAD.

Alejo es un bogotano orgulloso de su ciudad a la que conoce como la palma de su mano. Amigo de sus amigos y un anfitrión de lujo. Le gusta agarrar la mochila para recorrer el país, pero siempre dentro de su ruta está la asistencia al estadio (o la cancha) del pueblo y jugarse “un picadito” en el potrero que primero levante la mano.

Su currículum habla de que es un investigador del deporte como fenómeno social y de la violencia asociada a él; por eso su trabajo de posgrado versó sobre ello y por tal razón, estuvo vinculado al programa “Goles en paz” del Distrito Capital. Tres libros y una decena de artículos sobre el particular tiene en su haber y actualmente está afiliado a entidades de investigación como ASCIENDE... ah... y –como no– es hincha de santafecito lindo.

Email: avillanuevabustos@yahoo.com

David Leonardo Quitián Roldán

Antes que nada, hincha del América de Cali, por lo que todavía sufre la desgracia del descenso y goza de paliativos como la exclusión de la “mecha” de la Lista Clinton. Llanero radicado en Bogotá con estudios en sociología de la Universidad Nacional en la que consiguió graduarse con un ensayo sobre los Juegos Olímpicos de la modernidad; desde entonces no ha parado en su obsesiva mirada sobre el que define como un “hecho social total” (el deporte) a través del cual se puede ver –y leer– a la sociedad. Convicción que le llevó a ser su maestría en antropología, pero esta vez calzándose los guantes: observó el boxeo y entendió por qué los costeños depositan tanta confianza y fervor en esta práctica que tiene poco de salvaje y mucho de sucedáneo para resistir las condiciones de marginalidad.

David se gana la vida como profesor universitario (en la Pedagógica, la Incca y ahora en la UNAD), escribiendo crónicas e informes –sobre todo de fútbol– para periódicos y hoy por hoy es estudiante de doctorado en antropología en la Universidad Federal Fluminense, por lo que pasa sus días entre Bogotá y Rio de Janeiro. ¿Y no sería que escogiste ese país –y esa ciudad– y seleccionaste el tema del fútbol para tu tesis por el Mundial del 2014 y los Juegos de Rio del 2016? La sonrisa socarrona son la mejor respuesta –y la mejor definición– del personaje en cuestión.

Es miembro fundador de ASCIENDE (Asociación Colombiana de Investigación y Estudios Sociales del Deporte) e integrante de otros grupos de investigación de Colombia (como “Lúdica, cuerpo y sociedad” de Unillanos) y del continente: ALESDE, ALAS (del que es comentarista del GT 23), Laboratório do Sport (UFRJ) y NEPESS (UFF) en Brasil. Ha sido ponente y conferencista en varios eventos académicos nacionales y del exterior; editó un libro sobre estudios socioculturales del deporte en América Latina, y ha publicado una veintena de artículos sobre el tema.

Sin embargo todo eso lo cambiaría por el regreso del América a la A.

Email: quitiman@yahoo.es

CONTENIDO

La profundidad
en la superficie

pág. 15

Izando
en la b

pág. 20



o el trapo
baranda

Trapos

Conflictos

0

pág. 36

pág. 64

Máscaras

Tatuajes

Tumbas

pág. 28

pág. 48

pág. 76



2

3

4

5

6



LA PROFUNDIDAD EN LA SUPERFICIE

La modernidad media, digo mejor: los pensadores ilustrados, quisieron desterrar la magia y la idolatría de un mundo que ellos querían pensar a su manera: en abstracto; es decir, como puro vacío no posible de colmar con nada distinto de conceptos e ideas racionales.

Solo que los “nuevos”, como se los llamaba entonces en contraposición a los “antiguos”, en esa flecha unidimensional del progreso de la razón, llegaron muy tarde, bastante trasnochados, a un antiquísimo tema. Porque ya al pensamiento judío le había tomado no pocos siglos antes de la era cristiana intentar desterrar la magia y la adoración de los ídolos o becerros de oro. La religión judía debió experimentar muchos dolores, exilios, avatares para transitar de la figura del nabi, esa especie de chamán o brujo de todos los pueblos mal llamados “primitivos”, al profeta: un ser racional, de un pensamiento tan hondo porque lee el pasado, pero también puede leer el futuro a partir de las escrituras y de lo que en ellas se revela. Del mismo modo, los místicos lucharon contra la idolatría desde el falso Dionisio Aeropagita cuando indicaba que a Dios no se lo podía confundir con cualquier ente o imagen del mundo y que de él solo se sabía que no se sabía nada positivo, pues únicamente se podía indicar que nada de lo que aparece en el mundo puede confundirse con Dios.

Y sin embargo, ninguna religión, por más del gusto del faraón Akenaton que solo veneraba como Dios al sol, ni la católica, ni tampoco la judía puede pasar sin referir lo abstracto a lo sensible de distintos modos, como en las inscripciones corporales del pueblo hebreo, o como el excesivo culto a los santos y a la iconografía en el Medioevo o en el Barroco posterior a la Contrarreforma. Las religiosas protestantes, que se precian tanto de haber surgido contra el fetichismo de la transubstanciación, es decir, de la presencia real de Cristo en la hostia y en el vino, a la larga se convirtieron en los mayores fetichistas porque terminaron por hallar a Dios en el oro, como en el anagrama: in Go(l) we trust. Y todos por la economía devenimos fetichistas e idólatras pues cada moneda lleva una cara y una cruz y cualquier billete está signado por efigies.



¿Y cómo no habrían de retornar los mitos, la magia y los ídolos en esta contemporaneidad fascinante, llamada por un pensador agudo “la sociedad del espectáculo” y presentida por el gran poeta simbolista Mallarmé como hipnotizada por el cristal, es decir, el plasma de los televisores y de los computadores? Pues los ídolos y los mitos retornan en tres fenómenos de este acelerado interregno que denominan algunos posmoderno: el rock, las fiestas y el deporte y en él, como joya de la corona, el fútbol.

Mal hacen los llamados “intelectuales” si no se dignan sumarse a la ola del presente, de esta presencia que deviene como oleada en los estadios, por aferrarse a depositar toda su inteligencia en la letra, en el libro o en la escritura que es el lenguaje del ausente. Circundantes a un espacio que se parece más a la mesa redonda de Arturo que a los altares, tronos, cortes, aulas, ejércitos, campos de batalla, los espectadores, sean aficionados, hinchas (es decir, henchidos de orgullo por sus equipos) o fanáticos, la mirada de este particular coliseo sin otra muerte que una derrota simbólica asumida con dolor de alma, puede ser simple si solo ve el agregado, calculadora en mano, como una masa. Multitud sí, abigarrada y varia, apasionada en esa suerte de misa contemporánea del domingo en el estadio, en esa comunión con los arcos y el balón, distraída por las corales entonadas desde las laterales donde se inflan los órganos de las barras como si arrullaran a sus once de modo que la danza culmine en el bramido.

Orgía, gargantas que vacían el aire tragado en rugidos de manada cuando el balón traspasa la raya e infla las mallas, pero también desinfla a los vencidos. Sin duda, Dionisio ha vuelto. Y ha regresado el dios Pan, sin pánico. Y el viejo Baco, aunque sin ese cuero, la bota, pleno de vino a falta del cual no se concebía la fiesta brava, cuando la había. A Baco le basta apenas la soberana ebriedad que causa el compartir la felicidad de la gloria ante el golpe mullido de la cabeza a la pelota que ingresa en el vértice imposible.

Cuando la vida le regala a alguien el misterio del don del amor, no solo afecto, no solo querer, sino ese incendio suave que irradia por todo el cuerpo y no halla reposo hasta encontrar la correspondencia del labio, el amante goza al descubrir en la superficie de la amada el palimpsesto de sus incontables expresiones: porque cada cual lleva bajo la faz corriente las inagotables caras de la sucesión de sus años y hasta en las arrugas el amado figura alas y en las comisuras de los labios descubre a la chiquilla que aún ni siquiera sospechaba entre los juegos que algún día la nostalgia o la saudade resolvería en comunión plena su jornada.

No hay nada más profundo que la piel, decía el poeta Valéry. Y dentro de la piel, ese pliego pleno de secretos escondido en la sonrisa que es nuestro portal ante el mundo, es, pese a lo patente, el secreto mismo tatuado como el enigma de la siempreviva Mona Lisa.

No es usual que un jugador, amante del fútbol, estudioso del mismo desde unas ciencias sociales joviales y empero potentes, como las que se congregan en ASCIENDE, la Asociación Colombiana de Investigaciones y Estudios en Deporte y Recreación, profesor universitario, coordinador de convivencia en un colegio de Bogotá, sea al mismo tiempo alguien dotado con visión profunda para captar en el instante preciso la elocuencia de los gestos de los rostros; me refiero a Alejandro Villanueva. Pero como si fuera poco, la dimensión visual se enriquece por la potente narrativa y el análisis de David Leonardo Quitián Roldán, otro integrante de ASCIENDE y además su presidente durante los cinco años fundacionales de la organización. David es sociólogo, pero al mismo tiempo culminó su maestría en antropología en la Universidad Nacional con una tesis notable sobre el boxeo, y ahora avanza en el doctorado en antropología en Río de Janeiro (Brasil).

Tome usted una cámara, dele vueltas, obtenga la mejor máquina posible, la de mayor resolución e intente asumir el oficio del fotógrafo. Usted observa algo interesante, se ubica, mira el contorno, enfoca y dispara. Y no obstante, el asunto de la fotografía es un misterio, porque no se trata de captar lo real, lo evidente, lo patente, sino algo que aflora en la atmósfera, evanescente, como si fuera el paso del duende que describe el gran poeta Federico García Lorca, o el punctum al que se refiriera el formidable semiólogo Roland Barthes, o esa aura no percibida a primera vista y que fuera objeto de reflexiones agudas de Walter Benjamin. Usted ha dejado entonces pasar el instante preciso, no ha calculado el ángulo o la inflexión necesaria, ha fallado en el momento crucial cuando los objetos o las personas se entreveran de modo aleatorio y sorprendente entre las luces y las sombras y el gesto, que en su acepción prístina latina viene del verbo latino gerere, poner en movimiento, como gesta



y gestión y gesticulación, queda congelado como una estatua, pausado, en pose inane, porque el buen fotógrafo aunque aquieta al instante, procede como esos escultores que al detener el tiempo empero no petrifican el movimiento: piénsese toda la especulación que le provocó al pobre Freud el enigma del Moisés de Miguel Ángel.

Si la fotografía es un arte, el secreto radica en que no se trata solo de ver, acto sensitivo común a los animales y que casi todos poseemos; ni tampoco basta el mirar, como en el tiro al blanco donde la vista ha de aguzarse en función de los cálculos de la inteligencia: figura, centros, contornos, aislamiento del blanco, selección del punto a donde irá el proyectil, temple de la mano y concordancia del ojo con ella y con el objetivo: tampoco la mirada basta. Es preciso algo más y ese añadido no es dado a cualquiera: visión, y esta ya no es el acto sensitivo de ver, ni el intelectual del mirar, sino el propio de la razón que, si es potente, incluso puede contemplar a ciegas con finura asombrosa, como sucede a los ciegos o como encarnaba Tiresias, quien vidente aunque ciego, veía y miraba con los ojos de la razón sabia, que siempre es amante, lo que Edipo con los dos ojos inquietos nunca advertía.

Digo en broma: hay una excelente noticia para darle a los filósofos y a los científicos sociales, aunque provenga de un periódico ya amarillo: el amor existe en la filosofía, lo pensó Kierkegaard hace solo un momentico. Y otra muy importante: un loco de atar descubrió —eureka— que el cuerpo existe, porque antes de él, el pensamiento se había extraviado en la visión celeste: Federico Nietzsche, y quizás, por ello, el buen hombre debió parar en el manicomio cuando se abrazó al cuello de un caballo azotado hasta la sangre por un furioso zorrero. Ya lo sabe el periodismo: si un hombre es mordido por un perro, eso no es noticia. Pero si un hombre muerde a un perro, lo es. Del mismo modo, si un zorrero azota a un caballo, a nadie le interesará. Pero si un hombre, y además filósofo de la voluntad de poderío, se echa a llorar como un niño en el cuello del caballo herido, eso sí es noticia.

Si Alejandro Villanueva hubiera pasado en su encarnación anterior por esa calle de Turín donde ocurrió aquel hecho, cuánto pagaríamos por la fotografía de la fracción fugaz en la cual el destino de Nietzsche transitó de la soberbia a la humildad, de la luz a la sombra y de la sapiencia a la demencia.





Celebremos el regreso de la filosofía y de las ciencias sociales al amor y al cuerpo. Pero si además les añadimos la videncia, por ejemplo de la cámara, o de la escultura, o del cine, o de la pintura, su potencia traspasará la superficie; es decir, su etimología: lo que está sobre la faz, y aun la epidermis, o sea, lo que está sobre la piel, para llegar a las entrañas de los sujetos, allí donde ni la filosofía, ni las ciencias sociales, ni el psicoanálisis, ni los rayos equis han podido llegar: ese cuarto oscuro en el cual todos oscilamos entre el júbilo y la pesadumbre.

Júbilo y pesadumbre, he dicho, son las infinitas modalidades entre estos dos extremos, las que se descubren en la cinética mágica del álbum familiar del fútbol que ha tejido con paciencia de hermano kogui, días tras día, semana a semana, mes a mes, año a año, el sociólogo, educador, estudioso del deporte y del fútbol y además excelente fotógrafo, Alejandro Villanueva, quizás heredero de esos viejos fotógrafos de la era de los linotipos que gastaban en el parque inmenso tiempo componiendo los telones negros de una cámara que parecía un acordeón, mientras la ingenua y feliz familia de domingo arreglaba trajes, poses y sonrisas.

No. Masa no es la que acude al estadio. Multitud sí, de sujetos varios, diferentes. Es más, puede que salten unánimes al compás de los cánticos guerreros y dancen al vuelo de esas sus águilas, las banderas como sus alas. Pero cada cual es un misterio, cada expresión encierra mil historias, en cada rostro asoma un modo de interpretar la esperanza o la derrota. Faltaría un Dios, a falta de poesía o de fotografía, para desentrañar lo insondable e infinito de cada cual.

Con razón las asociaciones internacionales de antropología y de sociología han inflado las velas para dar impulso a una etnografía visual. Sucede que pasamos cada día por los lugares comunes, incluso esos lugares comunes que son los rostros de los otros, sin descubrir la maravilla que esconden en su rutina. La fotografía devela, redescubre, ejerce, si es vidente el mismo efecto de la poesía: saber que en lo cotidiano y ordinario se encuentra lo extraordinario.

Alejandro Villanueva es un adelantado de estas posibilidades de la fotografía como revelación de lo orgiástico e incluso de lo sagrado que se juega en los estadios del fútbol. Quien pase y repase el álbum volverá a los estadios con otros ojos y en la nebulosa del estigma de las mal llamadas barras bravas descubrirá pasiones, luces, jovialidad, en suma, la potencia que ellas encierran como energía tremenda de una juventud que la orientará sin duda alguna, y desde esta Colombia, a mayores y más expresivas formas de carnaval. Porque justo allí gozamos al saber que la fotografía, si cala hondo, no es solamente un registro congelado del presente o del pasado; si el fotógrafo es vidente, también será chamán y poeta, arquetipos a los cuales atribuimos el vaticinio, que no otra cosa es la lectura del porvenir, de este porvenir ya próximo en el cual la fiesta del fútbol sea por excelencia una fiesta de la paz mediante esa suave disidencia y disidanza del fútbol.

Celebro el talento de Alejandro y David y concluyo con un brindis virtual: ¡salud!

Gabriel Restrepo

Profesor de sociología, Universidad Nacional de Colombia

Abril 22 de 2013



ISBN: 978-958-8650-87-6



**UNIVERSIDAD PEDAGOGICA
NACIONAL**

Educadora de educadores

VICERRECTORÍA ADMINISTRATIVA Y FINANCIERA
SUBDIRECCIÓN DE BIENESTAR UNIVERSITARIO



**POR UN BIENESTAR UNIVERSITARIO FORMATIVO, CON SENTIDO PEDAGÓGICO Y RESPONSABILIDAD
SOCIAL UNIVERSITARIA DESDE LA ÉTICA COMO ESTÉTICA DE LA EXISTENCIA**